



siempre

Maggie Stiefvater



siempre

Maggie Stiefvater

www.literaturasm.com



Publicado por primera vez por Scholastic Press en 2011
Copyright © 2011 Maggie Stiefvater
All rights reserved. Published by arrangement with Scholastic Inc.,
557 Broadway, New York, NY 10012, USA

Título original: *Forever*

Dirección editorial: Elsa Aguiar
Coordinación editorial: Xohana Bastida
Traducción: Diego de los Santos
Diseño de cubierta original: Christopher Stengel
Adaptación de cubierta: Lara Peces

La compra de derechos de este libro se negoció
a través de Ute Körner Literary Agent, S.L., Barcelona
www.uklitag.com

© de esta edición en castellano:
Ediciones SM, 2011
Impresores, 2
Urbanización Prado del Espino
28660 Boadilla del Monte (Madrid)
www.grupo-sm.com

ATENCIÓN AL CLIENTE
Tel.: 902 121 323
Fax: 902 241 222
e-mail: clientes@grupo-sm.com

ISBN: 978-84-675-5125-9
Depósito legal: M-30774-2011
Impreso en la UE / *Printed in EU*

*Cualquier forma de reproducción, distribución,
comunicación pública o transformación de esta obra
solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares,
salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO
(Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org)
si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.*

*Ach der geworfene, ach der gewagte Ball,
Füllt er die Hände nicht anders mit Wiederkehr:
rein um sein Heimgewicht ist er mehr.*

Ah, la pelota que se tira, la pelota que se atreve,
¿no te llena las manos de forma diferente al retornar?:
más pesada por el solo hecho de volver a casa.

prólogo



Shelby

Puedo ser muy silenciosa. Mucho.

La prisa rompe el silencio. La impaciencia estropea la caza.

Me tomo mi tiempo.

Avanzo en silencio por la oscuridad. En el bosque, de noche, el polvo flota en el aire; la luz de la luna convierte las partículas en constelaciones al arrastrarse por las ramas de los árboles.

El único sonido es el de mi respiración al inhalar lentamente por la boca. Enseño los dientes. Las almohadillas de mis patas no hacen ruido al pisar la maleza húmeda. Me tiemblan las aletas de la nariz. Escucho los latidos de mi corazón por encima del borboteo de un arroyo cercano.

Una ramita seca comienza a crujir al pisarla.

Me detengo.

Espero.

Me tomo mi tiempo. Lentamente, levanto la pata de la ramita. Pienso: *Silencio*. Noto mi aliento frío sobre los incisivos. Oigo un sonido susurrante que me llama la atención y la mantiene. Tengo el estómago tenso y vacío.

Me adentro en la oscuridad. Aguzo el oído; el animal asustado anda cerca. ¿Un ciervo? Durante unos largos segundos, un insecto nocturno hace cric, cric antes de que decida moverme de nuevo. Mi corazón late rápidamente entre cada cric. ¿Será grande el animal? Si está herido, podré cazarlo yo sola.

Algo me roza el hombro. Algo blando y suave.

Quiero estremecerme.

Quiero girarme y atraparlo entre los dientes.

8

Pero no debo hacer ruido. Me quedo inmóvil durante unos largos segundos y luego giro la cabeza para ver qué es lo que me roza la oreja, algo que parece una pluma.

Es algo que no alcanzo a nombrar, que flota en el aire y se deja mecer por la brisa. Me toca la oreja otra vez, y otra, y otra más. Intento por todos los medios darle un nombre.

¿Papel?

No entiendo qué hace ahí, colgando de una rama cuando no es una hoja de árbol. Me hace sentir incómoda. Más allá, esparcidos por el suelo, hay unos cuantos objetos impregnados de un olor desconocido y hostil. Y la piel que ha mudado y abandonado algún animal peligroso. Los rehúyo con una mueca y de pronto veo a mi presa.

Pero no es un ciervo.

Es una chica que se retuerce en el suelo, que araña la tierra y gimotea. Cuando la ilumina la luz de la luna, parece blanquísima contra el suelo negro. Exuda miedo por todos los poros.

Mi olfato lo detecta. Incómoda, siento que se me eriza el pelo de la nuca. No es una loba, pero huele a loba.

Avanzo en silencio.

La chica no me ve llegar.

Cuando abre los ojos, estoy justo delante de ella. Casi podría tocarla con el hocico. Hace un momento estaba jadeando y notaba su cálido aliento en la cara, pero al verme deja de jadear.

Nos miramos.

Cuanto más me mira, más se me eriza el pelo de la nuca y el lomo.

Araña el suelo con los dedos. A medida que se mueve, huele menos a loba y más a humana. El peligro me silba en los oídos.

Le enseño los dientes y hago ademán de retroceder. Solo se me ocurre huir, rodearme de árboles, poner tierra de por medio. De pronto, recuerdo el papel que cuelga del árbol y la piel mudada en el suelo. Me siento atrapada entre la chica tan rara que tengo delante y la extraña hoja que tengo detrás. Mi vientre roza la maleza al agazaparme con la cola entre las patas.

Comienzo a gruñir tan lentamente que noto el gruñido en la lengua antes de oírlo.

Estoy atrapada entre ella y los objetos que huelen a ella, colgados de las ramas y tirados por el suelo. La chica sigue mirándome fijamente, desafiante. Soy su prisionera y no puedo escapar.

Cuando grita, la mato.

capítulo uno



Grace

Así que ahora no solo era medio loba, sino que me había convertido en una ladrona.

Me transformé en humana en la linde del bosque de Boundary. En qué linde, ni idea; el bosque era enorme y se extendía a lo largo de varios kilómetros. Si eras una loba, podías recorrerlo fácilmente. Si eras una chica, no tanto. Hacía un día caluroso y agradable: un día estupendo para lo que suele verse en Minnesota. Siempre y cuando no estuvieras perdida y desnuda, claro.

Me dolía todo. Era como si alguien hubiese hecho serpientes de plastilina con mis huesos, luego los hubiese convertido de nuevo en huesos y luego de nuevo en serpientes. Sentía un hormigueo en la piel, sobre todo en la de los tobillos, los codos y las rodillas. Me zumbaba uno de los oídos. Estaba confusa y atontada. Tenía la extraña sensación de haber pasado ya por aquello.

Para empeorarlo todo, me di cuenta de que no solo estaba perdida y desnuda en el bosque, sino que estaba desnuda en el bosque junto a un lugar habitado. Con las moscas zumbando a mi alrededor, me puse en pie y eché un vistazo a lo que me rodeaba. Vi la parte trasera de varias casitas más allá de los árboles. A mis pies había una bolsa de basura desgarrada, su contenido desparramado por el suelo. Aquello tenía toda la pinta de haber sido mi desayuno. No quise darle demasiadas vueltas.

En realidad, no quería darle demasiadas vueltas a nada. Comenzaba a recuperar la memoria a trompicones y los recuerdos se me aparecían como sueños medio olvidados. Y a medida que recuperaba la memoria, recordaba haberme encontrado en aquella situación –en aquel momento de aturdimiento al ser humana de nuevo– una y otra vez. En una docena de escenarios diferentes. Poco a poco fui recordando que no era la primera vez que me había transformado a lo largo del año. Y había olvidado todo lo que había pasado entre medias. Bueno, casi todo.

Cerré los ojos con fuerza y vi su cara, sus ojos amarillos, su pelo moreno. Nos recordé cogidos de la mano. Recordé haberme sentado a su lado en un coche que ya no creía ni que existiese.

Pero no era capaz de recordar su nombre. ¿Cómo podía haber olvidado su nombre?

A lo lejos, oí el ruido de un coche que recorría el vecindario. El sonido se fue apagando y me recordó lo cerca que estaba del mundo real.

Abrí los ojos de nuevo. No podía pensar en él. Imposible. Ya lo recordaría, ya lo recordaría todo. Tenía que centrarme en el aquí y el ahora.

Tenía pocas alternativas. Una era retirarme al cálido bosque primaveral con la esperanza de volver a transformarme pronto

en loba; el problema era que me sentía del todo humana. La única opción factible era pedir ayuda a los habitantes de la casita azul que tenía delante. Al fin y al cabo, todo apuntaba a que ya había recurrido a su basura y, según parecía, también a la de sus vecinos. Pero esa opción tenía muchos inconvenientes. Aunque me sentía totalmente humana, no tenía ni idea de cuánto podía aguantar en aquel estado. Además, estaba desnuda y salía del bosque. No sabía cómo podría explicar ese hecho sin acabar en el hospital o en comisaría.

Sam.

12 De pronto recordé su nombre, y con él mil cosas más: poemas susurrados al oído con inseguridad, una guitarra en sus manos, la forma de la sombra que quedaba por debajo de su clavícula, su manera de alisar las páginas de un libro mientras leía. El color de las paredes de la librería, el susurro de su voz sobre mi almohada, una lista de buenos propósitos escritos por cada uno. Y todo lo demás: Rachel, Isabel, Olivia, Tom Culpeper arrojando en mis narices un lobo muerto, Sam y Cole.

Mis padres. Ay, Dios. Mis padres. Me recordé de pie en su cocina, con la loba que había dentro de mí deseando salir, discutiendo con ellos. Me recordé llenando la mochila de ropa y escapándome a casa de Beck. Me recordé ahogándome con mi propia sangre...

Grace Brisbane.

Siendo loba, lo había olvidado todo. E iba a olvidarlo de nuevo.

Me arrodillé porque de repente me resultaba difícil seguir de pie y me abracé las piernas desnudas. Una araña marrón se me subió por los dedos de los pies antes de darme tiempo a reaccionar. Los pájaros cantaban en los árboles. La luz del sol me calentaba allí donde me daba directamente y juguetaba en el suelo del bosque. Una cálida brisa primaveral hacía

vibrar las hojas nuevas en las ramas. El bosque suspiraba una y otra vez a mi alrededor. Durante mi ausencia, la naturaleza había seguido su curso con toda normalidad. Pero allí estaba yo, una pequeña realidad imposible, y ya no sabía cuál era mi sitio ni qué debía hacer.

Entonces, una cálida brisa que olía casi insoportablemente a galletas de queso me alborotó el pelo y me ofreció una alternativa. Alguien claramente optimista había decidido que hacía buen tiempo y había tendido la ropa junto a la casita de al lado. Reparé en las prendas de ropa mecidas por el viento: aquello me ofrecía todo un tendedero de posibilidades pulcramente tendidas. La persona que vivía en aquella casa usaba unas cuantas tallas más que yo, pero parecía que uno de los vestidos tenía cinturón. Aquello podía salir bien. Aunque suponía robarle la ropa a alguien.

13

En mi vida había hecho muchas cosas cuestionables, pero robar no era una de ellas. Así no. Era un vestido bonito que seguramente habían tenido que lavar a mano y habían tendido para que se secase. En la cuerda también había ropa interior, calcetines y fundas de almohada, así que debían de ser demasiado pobres para comprarse una secadora. ¿De verdad estaba dispuesta a llevarme el vestido de fiesta de alguien para poder volver a Mercy Falls? ¿Me había convertido en esa clase de persona?

Bueno, se lo devolvería cuando ya no lo necesitase.

Me acerqué sigilosamente por la linde del bosque, sintiéndome indefensa y expuesta, mientras intentaba ver mejor mi objetivo. El olor de las galletas de queso –seguramente era eso lo que me había atraído cuando aún era loba– me hizo pensar que debía de haber alguien en casa: nadie podía marcharse de una casa que oliese así. En cuanto me llegó el olor, me costó

pensar en cualquier otra cosa. Me obligué a concentrarme en el problema que tenía entre manos. ¿Me estarían observando las personas que habían preparado las galletas de queso? ¿Y los vecinos? Con un poco de maña podía lograr que no me viese nadie.

El jardín trasero de mi víctima era el típico de las casas que había junto al bosque de Boundary, y estaba lleno de los trastos típicos: cajas de fruta vacías, una barbacoa chapucera, antenas de televisión con cables que no llevaban a ninguna parte, una máquina de cortar el césped cubierta con una lona, una piscina para niños agrietada y llena de arena húmeda y una colección de muebles de jardín cubiertos por fundas de plástico con un estampado de girasoles. Muchas cosas, pero ninguna del tamaño adecuado para ocultarse tras ella.

14

Sin embargo, habían sido lo bastante descuidados para que una loba les robase la basura de la puerta trasera de su casa. Ojalá también lo fuesen para que una adolescente desnuda les robase un vestido de la cuerda de tender.

Respiré hondo. Durante un intenso segundo deseé que aquello fuese tan fácil como hacer un examen sorpresa de Matemáticas o arrancarme una tirita de una pierna sin depilar, y acto seguido salí disparada hacia el jardín. En alguna parte, un perro pequeño comenzó a ladrar como loco. Agarré el vestido.

Cuando me di cuenta, todo había acabado. No sabía bien cómo, pero estaba de vuelta en el bosque con el vestido robado en la mano, sin aliento y escondida detrás de unos matojos que bien podrían ser ortigas.

En la casa, alguien le gritó al perro: «¡Cállate o te saco con la basura!».

Dejé que se me calmase el corazón. Luego, sintiéndome culpable pero también triunfal, me colé el vestido por la cabeza.

Era bonito, con flores azules, demasiado fresco para la época, y aún estaba un poco húmedo. Tuve que ceñírmelo bastante por la espalda para que me quedase bien. Casi estaba presentable.

Quince minutos después, me había llevado un par de zuecos de las escaleras del jardín de otro vecino (uno de los zuecos tenía caca de perro pegada a un tacón; seguramente lo habrían sacado de la casa por eso) y estaba caminando por la carretera tan tranquila, como si viviese allí. Sirviéndome de mis sentidos lobunos, como me había enseñado Sam hacía mucho tiempo, pude hacerme una idea de los alrededores mucho más detallada de la que me ofrecían mis ojos. Pese a toda aquella información, no tenía ni idea de dónde me encontraba; lo único que sabía era que estaba muy lejos de Mercy Falls.

15

Pero tenía un plan. Bueno, más o menos: alejarme de aquellas casas antes de que alguien reconociese su vestido y sus zuecos y encontrar alguna tienda o algún punto de referencia para orientarme, preferiblemente antes de que los zuecos me hiciesen una ampolla. Luego, aún no sabía cómo, debía volver con Sam.

No era el mejor plan del mundo, pero era el único que tenía.

capítulo dos



Isabel

Medía el tiempo contando los martes.

Tres martes para que terminasen las clases y comenzasen las vacaciones de verano.

Siete martes desde que Grace había desaparecido del hospital.

Cincuenta y nueve martes para graduarme y salir disparada de Mercy Falls, Minnesota.

Seis martes desde la última vez que había visto a Cole St. Clair.

El martes era el peor día de la semana en casa de los Culpeper. Ese día había bronca. Bueno, en nuestra casa podía haber bronca cualquier día, pero el martes seguro que caía una. Había pasado casi un año desde la muerte de mi hermano Jack, y después de una sesión de gritos que se había oído en tres plantas, había durado dos horas y había incluido una amenaza de divorcio por parte de mi madre, mi padre había vuelto

a acudir a terapia de grupo con nosotras. O sea, que todos los miércoles eran iguales: mi madre se perfumaba, mi padre apagaba el teléfono para variar y yo me sentaba en su enorme todoterreno azul e intentaba hacer como si allí atrás no oliese todavía a lobo muerto.

Los miércoles, todos nos comportábamos mejor que nunca. Las horas posteriores a la terapia –cena en St. Paul, alguna compra inútil o una película en familia– eran el colmo de la belleza y la perfección. Y a partir de entonces, todos comenzábamos a alejarnos de ese ideal hora tras hora hasta llegar al martes, el día de la gran bronca.

Los martes yo intentaba no estar en casa.

Pero aquel martes fui víctima de mi propia indecisión. Después de volver del instituto, no me apeteció llamar a Taylor ni a Madison para salir por ahí. La semana anterior había ido a Duluth con las dos y con unos amigos suyos, me había fundido doscientos dólares en zapatos para mi madre y cien dólares en una camiseta para mí, y había dejado que los chicos se gas-tasen una tercera parte en unos helados que no nos comimos. En aquel momento no supe por qué lo había hecho, más allá de por impresionar a Madison con mi manejo de la tarjeta de crédito. Seguía sin saberlo; tenía unos zapatos muertos de risa a los pies de la cama de mi madre, una camiseta que me quedaba fatal ahora que me la probaba en casa, y era incapaz de recordar cómo se llamaban los chicos. Solo me acordaba vagamente de que el nombre de uno empezaba por J.

Podía dedicarme a mi otro pasatiempo, que era subirme a mi todoterreno y aparcar en algún camino invadido por la maleza para escuchar música y hacerme a la idea de que estaba en cualquier otro sitio. Normalmente, así mataba las horas y volvía justo antes de que mi madre se acostase, cuando lo peor

de la pelea ya había pasado. Qué ironía; cuando vivía en California tenía un millón más de maneras de salir de casa, pero en aquella época no las necesitaba.

Lo que más me apetecía era llamar a Grace y pasear con ella hasta el centro, o sentarme en su sofá mientras ella estudiaba. No sabía si podría volver a hacerlo alguna vez.

Aquel martes pasé tanto tiempo intentando decidirme que perdí la oportunidad de escapar. Estaba en el vestíbulo con el teléfono en la mano, sin saber qué hacer, cuando mi padre bajó apresuradamente por las escaleras al mismo tiempo que mi madre abría la puerta del salón. Estaba atrapada entre dos frentes a punto de chocar. Llegados a este punto, lo único que podía hacer era cerrar las escotillas y confiar en que no le pegasen un tiro al enano del jardín.

18

Me preparé para lo peor.

Mi padre me dio una palmadita en la cabeza y dijo:

–Hola, ratoncita.

¿Ratoncita?

Parpadeé mientras se alejaba de mí a zancadas, eficiente y poderoso cual gigante en su castillo. Me sentí como si hubiese retrocedido un año.

Lo vi detenerse en el umbral junto a mi madre. Esperaba que intercambiasen alguna pulla, pero lo único que intercambiaron fue un beso.

–¿Qué les habéis hecho a mis padres? –pregunté.

–¡Ja! –dijo mi padre en un tono de voz que podría describirse como jovial–. Te agradecería que te pusieses algo que te tape la tripa antes de que llegue Marshall, si es que no piensas quedarte arriba estudiando.

Mi madre me dirigió una mirada de «Te lo dije», aunque no me había comentado nada acerca de la camiseta al volver del instituto.

–¿Te refieres al congresista Marshall? –pregunté; mi padre tenía muchos amigos de la universidad que habían acabado en altos cargos, pero no los había visto demasiado desde la muerte de Jack. Había oído contar a mis padres historias sobre ellos, especialmente cuando bebían–. ¿Marshall el cabezón? ¿El Marshall que se tiró a mamá antes que tú?

–Llámalo señor Landy –dijo mi padre, pero ya estaba saliendo por la puerta y no pareció importarle mucho–. Y no seas maleducada con tu madre.

Ella se dio media vuelta y le siguió hasta el salón. Los oí hablar y hubo un momento en que mi madre se rio.

Un martes. Era martes y ella se estaba riendo.

–¿A qué viene? –pregunté con recelo mientras los seguía del salón a la cocina. Eché un vistazo a la encimera: una mitad estaba cubierta de patatas fritas y ensaladas, y la otra de papeles, carpetas y cuadernos con anotaciones.

–Aún no te has cambiado la camiseta –me reprochó mi madre.

–Voy a salir –contesté; acababa de decidirlo.

Todos los amigos de mi padre se creían graciosísimos pero no lo eran, así que prefería no coincidir con ellos.

–¿A qué viene Marshall? –insistí.

–El señor Landy –me corrigió mi padre–. Vamos a hablar de algunos asuntos legales y a ponernos al día.

–¿Es por algún caso?

Pero entonces, al pasar junto a la parte de la encimera cubierta de papeles, algo me llamó la atención. La palabra que me había

parecido ver, «lobos», estaba escrita por todas partes. Al verla sentí un hormigüeo desagradable. Un año antes, cuando aún no conocía a Grace, la idea de que los lobos recibieran su merecido por matar a Jack me hubiese parecido una dulce venganza. Ahora, sorprendentemente, me ponía de los nervios.

–Todo esto va de la protección de los lobos en Minnesota, ¿verdad? –dije.

–Quizá no sigan protegidos mucho tiempo –respondió mi padre–. Landy tiene unas cuantas ideas. Tal vez pueda hacer que liquiden a toda la manada.

¿Por eso estaba tan contento? ¿Porque Landy, mi madre y él iban a sentarse a merendar y a idear un plan para cargarse a los lobos? Como si aquello nos fuese a compensar por la muerte de Jack.

20

Grace estaba en el bosque. Él no lo sabía, pero estaba hablando de matarla.

–Genial –dije–. Yo me largó.

–¿Adónde vas? –preguntó mi madre.

–A casa de Madison.

Mi madre se quedó congelada con una bolsa de patatas fritas a medio abrir en las manos. Tenían suficiente comida para dar de comer a todo el Congreso de EE.UU.

–¿De verdad vas a casa de Madison, o dices que vas a casa de Madison porque sabes que voy a estar demasiado ocupada para comprobarlo?

–Vale –dije–. Voy a casa de Kenny y no sé quién querrá apuntarse. ¿Contenta?

–Contentísima.

De pronto me di cuenta de que llevaba puestos los zapatos que le había comprado. No sé por qué, pero eso me dejó descolocada. Mis padres sonriendo, ella con zapatos nuevos y yo preguntándome si iban a matar a mi amiga con un rifle de precisión.

Recogí mi mochila, salí y me senté en el todoterreno. El aire estaba cargado. No metí la llave en el contacto ni me moví; me limité a sostener el teléfono en la mano mientras intentaba tomar una decisión. Sabía lo que debía hacer; lo que no sabía era si quería hacerlo. Hacía seis martes que no hablaba con él. Quizá me cogiese el teléfono Sam. Podía hablar con Sam.

No, debía hablar con Sam. Al congresista Marshall Landy y a mi padre se les podía ocurrir algo en su consejo de guerra amenizado con patatas fritas. No tenía elección.

Me mordí el labio y marqué el número de casa de Beck.

—¿Sí?

La voz al otro extremo de la línea me resultó increíblemente familiar, y el susurro de los nervios en mi estómago se convirtió en un aullido.

No era Sam.

Mi voz me sonó involuntariamente fría.

—Cole, soy yo.

—Ah —dijo, y colgó.